



Las vecinas

POR CLAUDIO DE CASTRO

Escaso valor tiene a veces el recordar, pero hay ocasiones en que la memoria nos traiciona y nos transporta al pasado sin nuestro consentimiento.

Siendo yo estudiante de medicina me hospedé en lo que pensé sería un albergue para personas retraídas, una pensión de la calle Fuentes. Un lugar tan silencioso que era propicio para pensar y estudiar.

Hoy atendí a un paciente asmático a tres cuerdas de la pensión. Como la gallina que corre hacia su gallinero buscando seguridad, dirigí luego mis pasos hacia allá.

Todo ha cambiado a su alrededor. Removieron la tierra. Edificaron condominios y apartamentos en las calles aledañas. Tumbaron los tamarindos y el roble viejo. Pero ella se ha mantenido igual.

Una hilera de pinos la oculta y una cerca de hierro con enredaderas la protegen del mundo exterior.

Ventanales enormes la airean durante el verano evitando que se sofoquen los que allí viven.

Es una casona de madera. Pintada de verde. Desdeñosa. Desvencijada. Con arañas y alacranes. Con guaridas para insectos diminutos. Data de la época de la construcción del Canal. Tiene tres pi-

sos. La habitaron primero los franceses, luego los españoles y por último los ingenieros americanos.

Terminado el Canal, la vendieron.

Ahora le pertenece a Miss Delia Smith, una jamaicana que debe estar llegando a los sesenta años, gorda, de malos modales, pero (como todas las jamaicanas) buena cocinera.

Cuando entré, no abrigué dudas. Y alquilé una habitación. Era el momento propicio para aislarme nuevamente. Desaparecer un mes, un año, toda la vida. Olvidarme de los amigos y los enemigos. Era, tal vez, una jugarreta más del destino que deseaba ponerme a prueba.

...

Aunque el lugar me es conocido, tres meses no han bastado para que me sienta cómodo del todo.

Vivo en el segundo piso, en el cuarto 2-B. El contiguo lo ocupan unas señoras a las que todos llaman: "Las Vecinas".

Caricaturas sin dientes. Con el cabello recogido. La mirada triste. Torcidas. Pequeñas. Acartonadas.

Ese par de ancianas se distraen estudiando mis costumbres, y han logrado que me vuelva huraño, nervioso, taciturno.

No me disgusta que me observen, sino la manía loca que tienen de hacerlo en silencio, cuidadosas, calladas, enigmáticas. Esa manía que tienen de soltar, a veces, risitas y murmullos.

Cada vez que salgo o entro a mi habitación, su puerta, que tiene oxidadas las bisagras, chilla escandalosamente y las delata.

Dos veces las he visto. Sus vestidos son de bordado fino, con encajes ligeros y botones nacarados. Más esto fue por breves instantes, al descubrir que me observaban por la puerta entreabierta y cruzar nuestras miradas.

Sus pies son pesados. Demasiado hinchados para sostenerlas. Los arrastran al caminar. Siento el golpe de un bastón contra el suelo, cada dos pasos. La otra, al parecer más orgullosa se mueve apoyándose de los muebles. La madera gastada, cede y cruje con cada paso. Esto me permite ubicarlas en la habitación cuando quiero saber dónde están.

Son puntuales en todo.

Se acuestan y levantan temprano, como si hubiesen quedado ancladas en el tiempo.

Nuestros cuartos están al final del pasillo. Nos comunica una puerta que trataron de disimular con la estufa, en la cocina. No hay modo de abrirla. Ya lo he intentado. Tiene una cerradura antigua para la que ya no hacen llaves.

A veces, sintiéndome inspirado, he dejado mensajes bajo la puerta. Uso escritura criptográfica en caso de que no sepan leer. Pero nunca los han tomado. Cuando despiertan, advierto sus risas picarescas (casi inaudibles) y las abluciones que hacen en una palangana. Su vida es metódica, llegando a los extremos de Kant.

Se visten con dificultad y sólo se ayudan mutuamente al ponerse los zapatos. A las 8: 15 a.m. arrastran dos sillas del comedor hacia la cocina. Y como dos grandes elefantes, ceremoniosos, en medio de cumplidos, se sientan cada una por su lado.

Este es el momento crucial de la mañana. Y me atrevo a decir que para ellas es eterno.

Entonces, quedan en medio de un silencio sepulcral, absoluto. Y es cuando me estudian. Como lo sé (porque el conocimiento infunde temor) temo moverme, respirar, comer.

Esperan que haga ruidos para entretenerse con ellos. Juegan a adivinar mis movimientos. Y en medio de dos opciones contradictorias, con mi silencio les dificulta la contienda y se la hago interesante.

Hace poco decidí quejarme con Miss Delia. Fui a su despacho, le hablé sobre las vecinas y de cómo me estaban destruyendo.

Disgustada, me gritó con su acento antillano preguntando si inventaba excusas para no pagarle la renta.

Me advirtió que desde 1930 nadie vivía allí. Era una habitación sellada. El último dueño de la pensión no la usó, y ella tampoco la usaría. Se le conocía como el cuarto de las vecinas por una broma de mal gusto que se perpetuó.

Me sugirió que la acompañara al cuarto para verificar su historia. Asentí por no parecer descortés. Y subimos juntos. El Tenedor de Libros del 3-C la vio cuando sacaba un manojo de llaves de su bolso y preguntó con malicia:

– ¿Otra vez las vecinas?

Ella le hizo gestos para que callara y volviera a sus ocupaciones.

Tuve que ayudarla a abrir la puerta porque estaba trancada.

Entrar fue algo parecido a materializar pesadillas.

Era un cuarto descolorido, lleno de polvo y telaraña. Los muebles (todos de caoba sólida) estaban cubiertos con mantas de algodón para protegerlos.

Estaba profanando su santuario, pero tenía un sentimiento de profunda satisfacción dentro de mí.

Era como lo había imaginado.

El aire era espeso y difícil de respirar, había bolitas de alcanfor regadas en todas partes. Cucarachas muertas en las esquinas. Polvo y más polvo.

Fui a la cocina. Miss Delia se quedó en la puerta. No quiso entrar. Vi la puerta comunicante. Y las dos sillas colocadas con precisión matemática en ángulos de quince grados frente a ésta.

Sobre un tocador había un plumero, una cajita de música y unas fotos desteñidas. Eran ellas.